

XVII Semana del Tiempo Ordinario, Ciclo A (Año Impar)

Martes

"El Señor hablaba con Moisés como un hombre habla con su amigo"

I. Contemplamos la Palabra

Lectura del libro del Éxodo 33, 7-11; 34, 5b-9. 28

En aquellos días, Moisés levantó la tienda de Dios y la plantó fuera, a distancia del campamento, y la llamó «tienda del encuentro». El que tenía que visitar al Señor salía fuera del campamento y se dirigía a la tienda del encuentro. Cuando Moisés salía en dirección a la tienda, todo el pueblo se levantaba y esperaba a la entrada de sus tiendas, mirando a Moisés hasta que éste entraba en la tienda; en cuanto él entraba, la columna de nube bajaba y se quedaba a la entrada de la tienda, mientras él hablaba con el Señor, y el Señor hablaba con Moisés.

Cuando el pueblo veía la columna de nube a la puerta de la tienda, se levantaba y se prosternaba, cada uno a la entrada de su tienda.

El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con un amigo. Después él volvía al campamento, mientras Josué, hijo de Nun, su joven ayudante, no se apartaba de la tienda.

Y Moisés pronunció el nombre del Señor.

El Señor pasó ante él, proclamando:

-«Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad. Misericordioso hasta la milésima generación, que perdona culpa, delito y pecado, pero no deja impune y castiga la culpa de los padres en los hijos y nietos, hasta la tercera y cuarta generación.»

Moisés, al momento, se inclinó y se echó por tierra.

Y le dijo:

-«Si he obtenido tu favor, que mi Señor vaya con nosotros, aunque ése es un pueblo de cerviz dura; perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como heredad tuya.»

Moisés estuvo allí con el Señor cuarenta días con sus cuarenta noches: no comió pan ni bebió agua; y escribió en las tablas las cláusulas del pacto, los diez mandamientos.

Sal 102, 6-7. 8-9. 10-11. 12-13 R. El Señor es compasivo y misericordioso.

El Señor hace justicia

y defiende a todos los oprimidos;

enseñó sus caminos a Moisés

y sus hazañas a los hijos de Israel. R.

El Señor es compasivo y misericordioso,

lento a la ira y rico en clemencia;

no está siempre acusando

ni guarda rencor perpetuo. R.

No nos trata como merecen nuestros pecados

ni nos paga según nuestras culpas.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,

se levanta su bondad sobre sus fieles. R.

Como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.

Como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por sus fieles. R.

Lectura del santo evangelio según san Mateo 13, 36-43

En aquel tiempo, Jesús dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle:

-«Acláranos la parábola de la cizaña en el campo.»


Él les contestó:

-«El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo, y los segadores los ángeles.

Lo mismo que se arranca la cizaña y se quema, así será al fin del tiempo: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su reino a todos los corruptores y malvados y los arrojarán al horno encendido; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga.»

II. Oramos con la Palabra

SEÑOR, en el Día de los Abuelos –evocando y celebrando a los tuyos– quiero hacerte presente a los míos, vivos o muertos, y a los ancianos de nuestro tiempo: que, antes de irse a gozar de ti, se vean respetados y queridos de sus hijos, de sus nietos, de esta sociedad tantas veces dominada por la férrea eficacia y la fría mercantilidad. Y, para los abuelos muertos, te pido que estén gozando contigo y un día pueda yo comprobarlo.

 Esta oración está incluida en el libro: [Evangelio 2011](#) de EDIBESA.

III. Compartimos la Palabra

En la primera lectura de este martes la afirmación clara de que el ser humano puede “hablar” con Dios y “ver” a Dios cara a cara. Esta experiencia de ver y escuchar a Dios hace consciente al ser humano de su pequeñez al lado de Dios, de quien ha recibido todo, como bien nos dice Moisés: “Perdona las culpas de este pueblo de dura cerviz y hazlo heredad tuya” Y la hace también consciente de su propia grandeza al poder comunicarse con Dios.

En cambio, nuestra experiencia parece ser bien distinta: ni hemos oído nunca la voz de Dios, ni sabemos cómo es el rostro de Dios. Una cosa hemos de tener clara: escuchar la voz de Dios y ver el rostro de Dios es la fuente máxima de Felicidad porque es Dios quien da la Felicidad y sólo Él es donde se encuentra la Felicidad.

¿Qué tenemos que hacer para escuchar la voz de Dios y ver el rostro de Dios como lo vió Moisés? El problema se encuentra en que nosotros queremos escuchar la voz de Dios como escuchamos la voz de nuestros familiares, de las personas con las que nos relacionamos... es decir, como quien escucha la radio. Pero en el lenguaje humano hay interferencias: muchas veces escuchamos cosas distintas a lo que los otros están diciendo, incluso muchas veces estamos escuchando, pero no estamos prestando atención... muchas veces interpretamos lo que los otros dicen según nuestros parámetros... Dios sabe de esta forma de escuchar por medio de sonidos, de los ruidos, de las palabras sonoras con interferencias... pero, no es la forma más adecuada para comunicar las cosas

verdaderamente importantes para poder vivir, para que seamos felices... Dios habla en el corazón de la personas, como los amigos, como Dios y Moisés. Dios habla el lenguaje genuinamente humano, el lenguaje que no falla, en el que no caben interpretaciones: el lenguaje del corazón. Dios nos está hablando cuando amamos, Dios nos habla cuando ponemos una palabra de acuerdo en vez de una palabra de discordia... Dios habla dentro de nosotros cuando nos sentimos en armonía con nosotros mismos, cuando nos sentimos habitados por una fuerza que nos rebasa... Pero sobre todo Dios grita en el sufrimiento humano, en el dolor de las personas. Ahí es donde Dios remueve nuestra tierra, nuestra seguridades... y mueve nuestra fuerzas para socorrer a quien lo necesite. Así es Dios...

En cuanto al Evangelio encontramos la interpretación de la parábola del trigo y la cizaña que hace el propio Mateo. Una interpretación adecuada a las comunidades a las que Mateo escribía.

Hoy celebramos la fiesta de Santa Ana. Según la tradición, Santa Ana fue la madre de la Virgen María, la cual lloró cuando su marido San Joaquín fue a ofrecer un sacrificio al Templo y fue rechazado por el sacerdote Rubén porque no tenían descendencia. Lo que escucho Dios no fue la sangre del sacrificio sino las lágrimas de Ana... El gemido del sufrimiento dobló el corazón de Dios...

Fray José Rafael Reyes González

Casa Santissima Trinità degli Spagnoli-Roma

Con permiso de dominicos.org